

## Tiempo de la vuelta de Dios

La Sagrada Escritura no nos da *ningún punto de apoyo seguro* para datar la segunda venida de Cristo. La cuestión de cuál será el día del Señor queda, por tanto, abierta. “Cuanto a ese día o a esa hora nadie la conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre” (*Mc.* 13, 32; *Mt.* 24, 37-44; 25, 1-40; cfr. *Act.* 1, 7; *Mt.* 24, 36; *I Thess.* 5, 1; *II Pet.* 3, 10). Sobre el problema de si Cristo sabía o no el día de su vuelta, véase el § 150.

## APARTADO 1.º

## SORPRESA DE LA VUELTA DE CRISTO

El Señor viene de *improviso y de repente*, como el ladrón por la noche (*Mt.* 24, 43; *Mc.* 13, 35; *Lc.* 17, 29-30; *I Thess.* 5, 4). Quienes crean en El deben estar vigilantes y esperando su llegada (*Mt.* 24, 37-44; *Mc.* 13, 33-37; *Lc.* 12, 35-46; 21, 34-36; 17, 26-36; 19, 11-27; cfr. § 193). Los cristianos no deben pasar en sueños y dormidos el tiempo que transcurra hasta la venida de Cristo, sino que deben vivir en continua vigilancia y sobriedad. Son capaces de ello, porque están llenos del Espíritu Santo. Están espiritualmente vigilantes en el Espíritu Santo; para ellos es de día y la noche ha pasado. No es tiempo de dormir, dice el texto citado de la primera Epístola a los Tesalonicenses. Cuando la Epístola a los Romanos (13, 11-14) dice que el día se ha acercado, significa que, según San Pablo, el día que Cristo ilumina está aún lleno de tinieblas. Es a la vez día y noche, porque ilumina la luz de Cristo, pero sigue existiendo el mal. En esa situación el cristiano puede sentirse tentado a no ver que ya es día claro y a dormirse de nuevo pensando que es de noche. Está despierto, pero como no oye nada fuera cree que todavía no es tiempo de levantarse, y se vuelve a dormir y se pasa la hora debida. En realidad debería decirse asimismo que cada minuto que siga dormido crece el peligro de perder el tiempo oportuno. Después será tarde ya para siempre. El descuido no podrá ser justificado. El que ha sido despertado por Cristo debe, por tanto, procurar seriamente mantenerse despierto.

En la parábola de los siervos (*Lc.* 12, 35-36), el Señor de la casa marcha a una boda. Los siervos esperan que vuelva por la noche. Deben estar preparados para los servicios que el Señor necesite al volver. Si cuando vuelva abren inmediatamente las puertas y cumplen las demás obligaciones, el Señor mismo les servirá a ellos. El siervo que dormite en la certeza de que su señor tardará todavía en venir y maltrate orgullosamente a sus sometidos y se entregue a la glotonería, se sorprenderá al oír de pronto que el Señor llama a la puerta; su destino será funesto.

Por encargo del Señor dice el vidente Juan a la comunidad de Sardes que se preocupa demasiado de la cultura y de las obras hu-

manas y la reprende a continuación: “Conozco tus obras y que tienes nombre de vivo, pero estás muerto. Estate alerta y consolida lo demás, que está para morir, pues no he hallado perfectas tus obras en la presencia de mi Dios. Por tanto, acuérdate de lo que has recibido y has escuchado, y guárdalo y arrepíentete. Porque si no velas, vendré como ladrón, y no sabrás la hora en que vendré a ti” (*Apoc.* 3, 1-3). En Sardes ya no había vida auténtica, sino rutina religiosa que se parecía a la vida. La razón de eso es que ya no cuentan con la venida del Señor como en el tiempo del primer amor (*Apoc.* 2, 4). Si perseveran en su falsa seguridad, irrumpirá sobre ellos la desgracia de imprevisto.

El día del Señor irrumpirá tan de repente de la serie de días ordinarios, que quien esté desnudo para irse a dormir no tendrá tiempo de vestirse. Se avergonzará por ello ante todo el mundo y estará para siempre desnudo ante todos, en el sentido más real de la palabra. “He aquí que vengo como ladrón, bienaventurado el que vela y guarda sus vestidos, para no andar desnudo y que se vean sus vergüenzas” (*Apoc.* 16, 15).

#### APARTADO 2.º

### EL ESCATOLOGISMO CONSECUENTE

Aunque la Escritura dice continuamente que la llegada de Cristo será repentina e inesperada, la llama *inminente*. Surge aquí un difícil problema. Los defensores del *escatologismo consecuente* afirman que Cristo y sus discípulos creyeron que era inminente la irrupción de Dios para instaurar su reino en el mundo y que Cristo mismo sería la cabeza del mundo nuevo. Cristo lo creyó así y envió a sus discípulos a predicar la irrupción del reino de Dios. Les había asegurado que Dios irrumpiría antes de que terminaran de predicar el Evangelio en todas las ciudades de Israel (*Mt.* 10, 23). Pero cuando Cristo vió que había de morir antes de que se manifestara el mundo nuevo, tuvo la esperanza de que tan pronto como muriera volvería a establecer el orden nuevo. Es la esperanza que dió como herencia a sus discípulos. Y así el primitivo cristiano contó siempre con la inmediata vuelta de Cristo. Cuando se cansaron de esperar se fué imponiendo la opinión—en el dogma, en el culto y en la jurisdicción—de que tardaría mucho tiempo.

Después de algunos trabajos preparatorios (de T. Colani y Ad. Hilgenfeld) estas ideas fueron fundamentadas por G. Baldensperger en el libro *Das Selbstbewusstsein Jesu im Lichte der messianischen Hoffnungen seiner Zeit*, Strassburg 1888, y por Joh. Weiss, en el libro *Die Predigt Jesu vom Reiche Gottes*, Göttingen 1892, 1900. El defensor más influyente del escatologismo es Adolf Schweitzer (*Geschichte der Leben-Jesu Forschung*, Püdingen 1913). En Francia siguió su doctrina sobre todo M. A. Loisy, en Inglaterra, L. A. Muirhead y H. L. Jackson. Recientemente ha sido defendida esta teoría con algunas variaciones y con gran agudeza por Werner Martin, en *Die Entstehung des christlichen Dogmas*, Berna 1941.

¿Qué pensar de esta teoría? En primer lugar, parece apoyarse en una serie de declaraciones del mismo Cristo. San Mateo (10, 23) transmite las siguientes palabras de Jesús: "Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si en ésta os persiguen, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre." Y en otra ocasión dice Jesús: "Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras. En verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del Hombre venir en su reino" (*Mt.* 16, 27-28). Y en el gran sermón del juicio dice: "Aprended la parábola de la higuera: cuando sus ramos están tiernas y brotan las hojas, conocéis que el estío se acerca, así vosotros también, cuando veáis todo esto, entended que está próximo, a las puertas. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo esto suceda" (*Mt.* 24, 32-34; *Mc.* 13, 28-31; *Lc.* 21, 29-31). A sus jueces dice Cristo: "Un día veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo" (*Mt.* 26, 64; *Mc.* 14, 62).

Estos textos parecen demostrar la tesis del escatologismo. Difícilmente pueden explicarse en sentido contrario desde el punto de vista exegético. Pero no tienen fuerza decisiva. En primer lugar hay frente a ellos textos que enseñan lo contrario, es decir, que sitúan la vuelta de Cristo en un futuro lejano e indeterminado. Y después, sobre todo, el escatologismo contradice el núcleo fundamental de la Escritura.

## APARTADO 3.º

TEXTO CONTRA EL ESCATOLOGISMO  
CONSECUENTE

Según muchas parábolas de Cristo, el reino de Dios instaurado por El crecerá lentamente; va imponiéndose poco a poco con muchos esfuerzos y retrocesos. Las parábolas de la cizaña y del trigo (*Mt.* 13, 24-30), del grano de mostaza (*Mt.* 13, 31; *Mc.* 4, 30-32; *Lc.* 13-18) y de la levadura (*Mt.* 13, 33; *Lc.* 13, 20) atestiguan este hecho. A favor de una larga duración en las formas de este mundo del reino de Dios fundado por Cristo habla el hecho de que los paganos deben ser invitados a entrar en él y de que este reino de Dios ha de ser arrebatado al pueblo elegido para ser confiado a los paganos (23, 2-10; 21, 33-44; *Mc.* 12, 1-11; *Lc.* 14, 15-24; 20, 9-18).

Cristo envía a sus discípulos a predicar el Evangelio por todo el mundo. "Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin" (*Mt.* 24, 14; *Mc.* 13, 10). Cuando una mujer le ungió en casa de Simón, dijo: Donde quiera que sea predicado este evangelio en todo el mundo se hablará también de lo que ha hecho ésta, para memoria suya" (*Mt.* 26, 13). El Resucitado se despide de los suyos con las siguientes palabras: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; id, pues, a enseñar a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo" (*Mt.* 28, 18-20). Cfr. *Mc.* 16, 15-18.

En la misma dirección apuntan la promesa del Espíritu Santo, que debe ser el invisible representante de Cristo en la tierra, la actividad de Cristo para fundar la Iglesia y, sobre todo, la fundación de la Iglesia sobre Pedro como piedra fundamental (Primado). Véase el Tratado de la Iglesia.

En contra de una actitud y esperanza puramente escatológicas por parte de Cristo habla además el hecho de que no hace la impresión de un fanático, a cuyos oídos estén tronando continuamente las trompetas del juicio, sino que da impresión de claridad y sobriedad, vuelto a la vida diaria y a la naturaleza en cuanto creación del Padre, obediente a la voluntad del Padre hasta en los mínimos deta-

lles, sabedor de las debilidades del hombre y de la caducidad de las cosas y, sin embargo, amante de los hombres.

Los defensores del escatologismo intentan contrarrestar la importancia de los textos citados en segundo lugar, eliminándolos o infravalorándolos. Pero la Escritura no justifica ese procedimiento, ya que los textos que afirman que la vuelta de Cristo ocurrirá en un futuro lejano son tan seguros como los otros. Si los textos de la Escritura se aceptan como totalidad unitaria en lugar de elegirlos y entresacarlos para defender una herejía, debe buscarse una explicación que justifique la validez de ambas series de textos. Sin buscarla hay una. Algunos de los textos citados por los escatologistas se refieren de hecho a la segunda venida de Cristo, pero surge la cuestión de si el anhelo de una vuelta pronto o inmediata es defendido en ellos como contenido de fe. Con ello llegamos a la segunda y decisiva objeción contra la tesis escatologista y sus múltiples variantes.

#### APARTADO 4.º

### EL NUCLEO ESENCIAL DE LA REVELACION NEOTESTAMENTARIA COMO OBJECION CONTRA EL ESCATOLOGISMO

El teólogo evangélico Cullmann (*Christus und die Zeit* (Zollikon-Zürich, 1948) hace observar que la doctrina de la muerte y de la resurrección de Cristo no fué consecuencia de la incumplida espera en la parusía, sino que perteneció *a priori* a la sustancia de la revelación neotestamentaria. Esta doctrina no es consecuencia, sino fundamento de la esperanza en la parusía. En los evangelios se atestigua que ya ha ocurrido lo decisivo: Cristo vió a Satanás caer del cielo como un rayo (Lc. 10, 18). Ocurrió ya lo que narran los evangelios: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados” (Mt. 11, 5). Los pecados son perdonados, Satanás es expulsado. La muerte de Jesús significa un cambio. La resurrección es el suceso capital y fundamental. Está en el centro mismo de la historia. Por ella son cumplidos los tiempos. La humanidad redimida todavía no tiene su figura última. Pero se ha alcanzado la victoria decisiva sobre la muerte, el pecado y el infierno. La situa-

ción es semejante a una guerra en la que se ha dado relativamente pronto la batalla decisiva de forma que el enemigo vencido no tiene ya ninguna esperanza de victoria, pero puede continuar todavía la guerra. La resurrección es el núcleo de la fe cristiana y la mirada creyente tiene que volverse continuamente al pasado hacia ella. También se espera algo: la segunda venida de Cristo. Pero la mirada del cristiano no se dirige sólo al futuro. Sólo la mirada del judío creyente tiene esa dirección exclusiva. Vive únicamente de la promesa de Dios y no de su cumplimiento. El cristiano, en cambio, vive a la vez del cumplimiento y de la promesa, de la promesa porque viene del cumplimiento. La resurrección del Señor es para él la garantía del último cumplimiento. Por importante que sea para él la vuelta de Cristo, que es el cumplimiento último, se mantiene en la fe en la resurrección. La vuelta es la consecuencia de la resurrección y no puede haber duda de que ocurrirá. Sólo es cuestión de tiempo.

Se comprende que el corazón de los creyentes estuviera tan vivo e intensamente lleno de la fe en la resurrección, suceso único y conmovedor, que todo lo demás perdiera importancia para ellos. Tampoco tenía gran importancia saber si lo comenzado en la resurrección iba a ser terminado pronto o tarde. No se excluyó el factor temporal. La cronología que comprueba las distancias de tiempo no perdió su importancia, pero la redujo. Los primeros cristianos no interpretaron simbólicamente la resurrección, como ocurre en los intentos desmitologizantes de Bultmann. Para ellos fué un hecho, y la resurrección de todos era para ellos un acontecimiento que esperaban del futuro consiguiente a la resurrección de Cristo. Pero la resurrección de Cristo comenzada la época última. Todo lo que la sigue es determinado por ella. La época comenzada con la resurrección constituye, por tanto, un único ahora. Desde la resurrección los hombres estamos en una nueva sección de tiempo, y por eso se presiente próximo el fin. Una esperanza prematura se explica en esta situación de modo semejante a como se explica los precipitados cálculos del fin de la guerra cuando se ha dado la batalla decisiva. Como la espera de la vuelta de Cristo es garantizada por la fe en su resurrección no desaparece, aunque la parusía se haga esperar. El cuándo no es decisivo. Tal vez sea una desilusión si tarda mucho tiempo, pero no por ello se debilita la fe en ella.

Y Cullmann continúa: "Por eso no es ninguna contradicción el hecho de que en el evangelio de San Juan esté junto a la afirmación de que el juicio ya ha ocurrido (3, 18) la afirmación de que ocurri-

rá en el futuro, el último día (5, 28; 12, 48). Quien creyera que hay en ello una contradicción y que, por tanto, los versos escatológicos citados (hay algunos más) tienen que ser eliminados como interpolaciones posteriores (solución por lo demás muy problemática desde el punto de vista científico), no ha comprendido la esencia interna de todo el pensamiento temporal neotestamentario que está caracterizado precisamente por la orientación al nuevo centro del tiempo. Ciertamente que el evangelio de San Juan acentúa con más energía que los demás escritos neotestamentarios la decisión ya ocurrida, la justicia ya cumplida en la fe o incredulidad en la obra realizada por Cristo. Pero la esperanza en un juicio último no hace más que ser más sólidamente fundada por la fe en la decisión ya ocurrida. Por eso la primera epístola de San Juan llama a los lectores con especial insistencia: "Hijos, ésta es la hora postrera" (I Jo. 2, 18). Precisamente porque puede hablar en presente y sólo por ello puede usar también la expresión *eschatos* que implica la esperanza en el futuro. El camino hacia el futuro se ha hecho visible desde que el brillante centro ilumina con su cegadora luz hacia ambos lados la línea anteriormente en tinieblas (Jo. 6, 40).

A esta luz primitiva cristiana todo el complejo de cuestiones de la esperanza de la vuelta próxima y del retraso de la parusía perdió importancia en el cristianismo primitivo, cierto que no psicológicamente, pero sí desde el punto de vista teológico. Sólo puede tener importancia teológica donde el centro de la línea temporal está en el futuro (en la apocalíptica judía), y el criterio del cristianismo de una apocalíptica es justamente la cuestión de si el centro de la línea es Cristo crucificado y resucitado o el Cristo que ha de volver. Sólo donde Cristo muerto y resucitado constituye el centro tenemos que habérnoslas con una apocalíptica cristiana. Ciertamente que esto no significa que el Cristo que ha de volver no pertenezca a los evangelios, pero en la revelación cristiana primitiva sólo recibe su luz de Cristo muerto y resucitado. El mismo no es fuente de luz, como ocurre en el judaísmo."

Para entender las afirmaciones escatológicas de Cristo hay que tener en cuenta que se trata de un lenguaje profético, cuyo estilo tiene muchos rasgos de la apocalíptica del judaísmo. El estilo profético se caracteriza por yuxtaponer inmediatamente hechos próximos y remotos y unirlos estrechamente entre sí en una perspectiva acortada. Se olvida el tiempo que transcurre entre ellos.

Por eso se distingue esencialmente de la constatación histórica de hechos. El cardenal Billot (*La parousie*, 1928) intenta hacer visi-

ble la diferencia de la manera siguiente: “La constatación histórica de hechos y noticias se sitúa, por decirlo así, en la llanura; persigue los sucesos paso a paso en la serie sucesiva en que van unos tras de otros. La profecía, en cambio, se sitúa en la cumbre más alta que domina los tiempos; ve los tiempos a pesar de la oscuridad del futuro, porque Dios los ilumina. Lo que está entre las cumbres no merece su atención. Ve las cumbres que destacan unas tras otras, sin preguntar las distancias que hay entre ellas. Su mirada salta de la más próxima a la que está detrás y hasta la más remota sin echar de ver las distancias. Y así puede la visión profética abarcar en una sola mirada sucesos tal vez separados entre sí por días, años o siglos.”

#### APARTADO 5.º

### TEXTOS ESCATOLOGICOS

#### 1. *Los sinópticos*

La visión de la resurrección como un acontecimiento decisivo de una vez para siempre y la aplicación de la tesis de la visión profética pueden ayudarnos a comprender más profundamente algunos textos escatológicos.

Primero vamos a citar los grandes discursos escatológicos de Cristo. Según el testimonio de los sinópticos, Cristo anunció el fin del mundo y el juicio en grandiosas imágenes. Muchas veces están tomadas de las ideas apocalípticas contemporáneas. Cristo se sirve de ellas para proclamar su mensaje del fin del mundo. Según San Marcos dicen sus palabras: “Al salir El del templo, díjole uno de los discípulos: Maestro, mira qué piedras y qué construcciones. Y Jesús le dijo: ¿Veis estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruída. Habiéndose sentado en el Monte de los Olivos, enfrente del templo, le preguntaban aparte Pedro y Santiago, Juan y Andrés: Dinos cuándo será esto y cuál será la señal de que todo esto va a cumplirse.

Jesús comenzó a decirles: Mirad que nadie os induzca al error. Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy; y extraviarán a muchos. Cuando oyereis hablar de guerras y rumores de guerras, no os turbéis: es preciso que esto suceda; pero eso no es

aún el fin. Porque se levantarán pueblo contra pueblo y reino contra reino; habrá terremotos por diversos lugares; habrá hambres: es el comienzo de los dolores.

Estad alerta: os entregarán a los sanedrines, y en las sinagogas seréis azotados y compareceréis ante los gobernadores y los reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos. Antes habrá de ser predicado el Evangelio a todas las naciones. Cuando os lleven para ser entregados, no os preocupéis de lo que habéis de hablar, porque en aquella hora se os dará que habléis, pues no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo. El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte y seréis aborrecidos de todos por mi nombre. El que perseverare hasta el fin, ése será salvo.

Cuando viereis la abominación de la desolación instalada donde no debe—el que lea entienda—, entonces los que estén en Judea huyan a los montes. El que esté en el terrado no baje ni entre para tomar cosa alguna en su casa, y el que esté en el campo no vuelva atrás para recoger su manto. ¡Ay de aquellas que estén encinta y de las que críen en aquellos días! Orad para que no suceda esto en invierno.

Pues serán aquellos días de tribulación tal, como no la hubo desde el principio de la creación que Dios creó hasta ahora, ni la habrá. Y si el Señor no abreviase aquellos días nadie sería salvo; pero por amor de los elegidos, que El eligió, abreviará esos días. Entonces, si alguno os dijere: He aquí o allí al Mesías, no le creáis. Porque se levantarán falsos Mesías y falsos profetas y harán señales y prodigios para inducir a error, si fuere posible, aun a los elegidos. Pero vosotros estad sobre aviso; de antemano os he dicho todas las cosas.

Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su brillo, y las estrellas se caerán del cielo, y los poderes de los cielos se conmoverán. Entonces verán al Hijo del Hombre venir sobre las nubes con gran poder y majestad. Y enviará a sus ángeles, y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

Aprended de la higuera la parábola. Cuando sus ramas están tiernas y echa hojas, conocéis que el estío está próximo. Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, entended que está próximo, a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todas estas cosas sucedan" (*Mc.* 13, 1-30). Cfr. *Mt.* 24, 1-51; 21, 5-36.

En este texto del "Apocalipsis sinóptico" Cristo habla claramente de dos sucesos distintos: del fin de Jerusalén y del fin del mundo. La destrucción de la ciudad santa y de su templo simboliza y anticipa la destrucción del mundo. Los discípulos barruntaron inmediatamente la relación de ambas catástrofes. Les subyuga la magnificencia del templo y rompen en exclamaciones de asombro y admiración; y entonces oyen de boca de Cristo que hasta el templo está sometido a la ley de la caducidad; para ellos es incomprendible porque en el templo y en la ciudad de Jerusalén ven encarnado todo lo que significa seguridad y protección terrenas, plenitud de vida y magnificencia. La magnificencia del templo es para ellos garantía de la cercanía y amor de Dios. Tales ideas se mueven en una tradición de siglos; todas las esperanzas de un futuro grandioso se concentran desde antiguo en el templo (por ejemplo. *Is.* 59, 1-3; 10; 15; 16; 18). La destrucción del templo abre bruscamente ante ellos terribles horizontes; no podían imaginar que el mundo pudiera seguir existiendo si el templo y la ciudad santa debían periclitar.

Lo dicho de la destrucción del templo vale de todas las catástrofes ocurridas dentro de la historia humana: son precursoras de la última, del fin del mundo. Por eso puede ser descrito el fin del mundo con las imágenes y colores usados para describir las grandes catástrofes históricas.

Según la descripción de *San Lucas*, Cristo profetiza el fin del mundo de la manera siguiente: "Llegará tiempo en que desearéis ver un solo día del Hijo del Hombre, y no lo veréis. Os dirán: Helo allí y helo aquí. No vayáis ni le sigáis, porque así como el rayo relampaguea y fulgura desde un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del Hombre en su día. Pero antes ha de padecer mucho y ser reprobado por esta generación. Como sucedió en los días de Noé, así será en los días del Hijo del Hombre. Comían y bebían, tomaban mujer los hombres, y las mujeres marido, hasta el día en que Noé entró en el arca y vino el diluvio y los hizo perecer a todos. Lo mismo en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; pero en cuanto Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, que los hizo perecer a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se revele. Aquel día, el que esté en el terrado y tenga en casa sus enseres, no baje a cogerlos; e igualmente el que esté en el campo no vuelva atrás. Acordaos de la mujer de Lot. El que busque guardar su vida, la perderá, y el que la perdiere, la conservará. Dígoos que en aquella

noche estarán dos en una misma cama, uno será tomado y otro dejado. Estarán dos molindas juntas, una será tomada y otra será dejada. Y tomando la palabra, le dijeron: ¿Dónde será, Señor? Y les dijo: Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los buitres” (Lc. 17, 22-37).

Cristo explica en este discurso que el anhelo del día del Señor, es decir, de la plena salvación no será satisfecho dentro de la historia. El deseo de los apóstoles de que Cristo vuelva no será acallado mientras dure esta vida de peregrinación. Pero en la caída de Jerusalén y en todas las tribulaciones que han de sufrir vivirán el prólogo del fin del mundo y de la vuelta de Cristo íntimamente unida a ese fin.

Cristo aconseja la rápida huída, cuando se hagan visibles los signos de la destrucción. Pero esta advertencia tiene que tener distinto sentido en las catástrofes intrahistóricas y en el último momento. Es posible huir de una ciudad cuando se acerca su fin, pero del fin del mundo es imposible huir. La advertencia de huir de él sólo puede tener sentido alegórico; es una intimación al desprendimiento radical de lo caduco, de las posesiones terrenas. La mujer de Lot, que al volverse a mirar demostró que su corazón estaba todavía atado a lo terreno, es un ejemplo aleccionador.

En dos momentos se hace patente que, a pesar de la estrecha relación entre las catástrofes intrahistóricas y el fin del mundo, se trata de la profecía de este último: el Hijo del Hombre será visible en todas partes, en cuanto llegue, como un relámpago deslumbrante que cruza todo el cielo. Su llegada tiene, pues, significación pancósmica. Además, habrá juicio y justicia en cualquier sitio que haya hombres. Su venida tiene, por tanto, significación panhistórica.

De modo parecido hay que explicar los textos ya citados que el escatologismo consecuente aduce a favor de su teoría. Muchas veces no se refieren a la vuelta de Cristo ni al fin del mundo, sino a una revelación de su poder y gloria, que ocurrirá antes de su segunda venida, pero que es transparente y deja adivinar la revelación definitiva o está prospectivamente dominada por ella. Según Mt. 10, 23, dice Cristo: “Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si en ésta os persiguen, huid a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del Hombre” (Mt. 10, 23).

Este texto es dado por San Mateo en relación con los que hablan de la misión de predicar el Evangelio y el reino de Dios. Al pie de la letra significa que Cristo será reconocido como Hijo del Hom-

bre—es decir, en el poder y la gloria que contempló el profeta Daniel (7, 13-14)—, antes que los discípulos hayan llevado su mensaje a todas las ciudades. Surge la cuestión de a qué suceso se alude al hablar de la manifestación del Hijo del Hombre en poder y gloria. So pena de hacer que la Escritura se contradiga y siembre confusión, no puede referirse a la venida de Cristo al fin de los tiempos. Como existen otras demostraciones del poder de Cristo, hay que pensar en ellas. La más clara es la destrucción de Jerusalén. En ella hay que pensar, por tanto, en primer lugar. Se podría pensar también en alguna actuación especialmente poderosa de Dios en la difusión del Evangelio. Pero también puede verse aquí la simbólica destrucción de Jerusalén. En la caída de Jerusalén se revela y cumple la justicia del Hijo del Hombre sobre el mundo que se cierra orgullosamente en sí mismo. Esa justicia ocurre continuamente. Cristo Juez está siempre cerca del mundo. Pero sus juicios son ocultos. De vez en cuando, sin embargo, castiga con tal ira al mundo caído en el mal, que el mundo se tambalea y los sabios que saben ver observan: es el Señor, que revela su poder y santidad. Y así permanecen despiertos para la hora en que el Señor se revele en su gloria ante todo el mundo.

J. Schmid interpreta el texto como advertencia a los discípulos y dice (*Das Evangelium nach Matthäus* [1956, 3.<sup>a</sup> edic.], 180 y siguientes): “Jesús exige de sus discípulos, por una parte, una intrépida confesión incluso ante la muerte, pero también explica el miedo ante la extrema opresión de la persecución como permitido y mandado. Parece ser difícil y hasta imposible interpretar la venida del Hijo del Hombre, si no es referida a la parusía. Pero entonces esa afirmación sería no sólo un error de Jesús sobre la proximidad de su vuelta para el juicio final, sino que estaría también en contradicción con otras no menos definidas palabras de Jesús, según las cuales antes del fin será predicado el Evangelio a todos los pueblos (24, 14 = *Mc.* 13, 10) y Jesús no conoce ni el día ni la hora del fin (24, 36 = *Mc.* 13, 32). Tampoco puede haber sido formulada por vez primera esta afirmación por San Mateo. Porque sigue casi inmediatamente al versículo 18, que alude a Palestina y el evangelista se contradiría a sí mismo en un momento, por así decirlo. Además, por el tiempo en que escribió su obra el evangelio había traspasado hacía tiempo los límites de Palestina, y la mayoría de los apóstoles y otros misioneros del círculo de los discípulos inmediatos de Jesús se habían visto obligados a abandonar Palestina. Además, si la afirmación no se refiere en el contexto en que aparece en San

Mateo al trabajo misiona] de los apóstoles y al destino que les amenaza, sino a los discípulos en sentido amplio, no se puede comprender que la misión de Israel no fuera terminada al llegar la parusía (a consecuencia de la obstinada incredulidad de los judíos). También es caprichosa e insostenible, porque no es demostrable por otras palabras de Jesús la opinión de que Jesús aludía aquí con su llegada a su resurrección, y que entendía ésta como una parte de su parusía, como una anticipación parcial de su vuelta en gloria y poder. Si el versículo, precisamente por su dificultad objetiva, tiene que ser entendido como una expresión auténtica de Jesús y como admitido por el universalista San Mateo en su evangelio, ello demuestra que no encontró en él ningún problema (cfr. su procedimiento en otros casos, por ejemplo, 13, 58 = *Mc.* 6, 5; 19, 16 = *Mc.* 10, 17), aunque no nos es posible interpretarlo de modo que se haga justicia su letra y no quede ningún problema objetivo. Se suele acostumbrar a interpretarlo (lo mismo que *Mc.* 9, 1) como referido, en lugar de a la vuelta de Cristo a la llegada impersonal del reino de Dios, y con ello se alude al día de Pentecostés y a la marcha victoriosa del evangelio después de ese día. No contiene una prohibición de abandonar Palestina y buscar protección en las ciudades paganas. Sólo dice que para los discípulos (o para los misioneros) habrá siempre una huída en la persecución, y las ciudades de Palestina sólo son nombradas porque son las que están al alcance de la vista de los discípulos a quienes habla.”

En otra ocasión dice Cristo: “En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean venir en poder el reino de Dios” (*Mc.* 9, 1; *Lc.* 9, 27). También de este texto hay que preguntar si se refiere a la segunda venida de Cristo, tanto más cuanto que el momento de esa venida sólo es conocido por el Padre, como dice Cristo mismo (*Mc.* 13, 32; *Lc.* 17, 22). Se puede pensar en la revelación gloriosa de Cristo en el monte de la transfiguración (*Mt.* 17, 1-3; *Mc.* 9, 2-13; *Lc.* 9, 18-36) o en la Resurrección o en la destrucción de Jerusalén en la que se reveló el poder de Dios en su aspecto justiciero y castigador, en las demostraciones de poder que acompañaron la predicación del Evangelio (*Act.* 3; 5, 12; *Rom.* 15, 19). Según *Lc.* 2, 49-51 y *Mt.* 23, 34-36 se pedirá cuentas a “esta generación” de la sangre de los profetas derramada desde el principio. En la destrucción de Jerusalén se ajustó esa cuenta. Si seguimos fieles al principio de interpretación plurivalente, esta amenaza de justicia es también una alusión a la justicia última que se hará cuando vuelva el Señor. Cuando Cristo dice a

sus jueces, según San Mateo, 26, 64, que verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha de Dios omnipotente y bajar en las nubes del cielo, no les dice que ellos mismos vayan a vivir la revelación definitiva del Señor; estas palabras de Jesús deben interpretarse como dirigidas a sus jueces en cuanto representantes de todo el pueblo. Significarían, pues: vosotros, judíos, veréis la venida del Hijo del Hombre. El pueblo judío vivirá ese acontecimiento, sea que vivan todavía o hayan muerto ya los judíos contemporáneos de Jesús. Quizá, aunque con menos probabilidad, pudieran entenderse esas palabras en el sentido de que sus jueces habrían de sentir el poder y la dignidad que le competen como al Hijo del Hombre profetizado por Daniel; así podrían referirse esas palabras a la destrucción de Jerusalén. Resumiendo: las palabras de Jesús ni fijan el día ni la hora de su vuelta al fin del mundo. Sigue siendo cierto el hecho de su venida e incierto el tiempo o fecha de ella oculta en los designios inescrutables de Dios.

## 2. *Las epístolas de los Apóstoles*

Volvamos a la cuestión de qué es lo que creyeron los discípulos de Cristo sobre la fecha de la vuelta del Señor. Según la escuela escatológica la creyeron inminente o al menos muy próxima.

1. Las epístolas de los Apóstoles dan a primera vista la impresión de que sus autores esperaban vivir la segunda venida de Cristo. ¿Puede verse en ello una doctrina? ¿Tuvieron ellos por verdad revelada que iban a vivir la próxima vuelta de Cristo? Es importante distinguir exactamente entre la esperanza en la próxima vuelta de Cristo y el hecho de que la doctrina sobre ella sea tenida como una verdad revelada. Cualquier hombre de cualquier época puede alimentar la esperanza de que Cristo volverá pronto. Pero tan pronto como esta esperanza se consolide en una doctrina irrumpe la herejía. Un análisis cuidadoso de los textos indica que no se puede hablar de una doctrina a este respecto en los apóstoles y en los discípulos. Que, sin embargo, esperaron la inminente llegada del Señor es, como antes hemos indicado, evidente. Hubiera sido precisamente admirable que no hubieran tenido tal esperanza después del revolucionario suceso de la resurrección. Pero que no entendieron esa esperanza como doctrina revelada, se deduce de que defendieron una junto a otra las tesis de la próxima vuelta de Cristo y de su

propia muerte, que ocurriría antes de esa vuelta. El desengaño en su esperanza no destruyó en absoluto su doctrina de la segunda venida de Cristo.

Los textos escatológicos más extensos aparecen en *San Pablo*. Vamos a empezar por él. La próxima vuelta de Cristo está durante toda su vida en el horizonte de sus pensamientos, como dice el exegeta francés E.-B. Allo, O. P. San Pablo vivió de la esperanza en el triunfo definitivo de Cristo. Nada es para él más incitante que esa espera. En sus epístolas es el motivo más eficaz para exigir fe y fidelidad a sus lectores. Con esa esperanza consuela y reconforta el corazón de los creyentes en las tribulaciones (*I Thess.* 1, 3; 2, 19; *I Cor.* 1, 8; 7, 26; 10, 11; 16, 22; *Col.* 3, 14; *Rom.* 13, 11; *Phil.* 1, 1. 6. 9; 2, 12-16; 4, 5; *Eph.* 4, 30; *I Tim.* 6, 14; *II Tim.* 1, 12. 18; 4, 1. 8; *Tit.* 2, 13; *Hebr.* 10, 25, 37).

San Pablo vive en la esperanza de que la vuelta de Cristo ocurrirá mientras él viva. Sin embargo, a medida que envejece y que se le echan encima las sombras de la muerte se va debilitando esa esperanza. En las epístolas del cautiverio expresa esa esperanza menos veces y con menos animación; pero tampoco en ellas falta. Sin embargo, a través de toda la época de su actividad misionera permanece su convicción de que el Señor volverá y se llevará a los suyos.

Vamos a ver algunos detalles:

2. Los textos más instructivos están en la primera y segunda *Epístola a los Tesalonicenses*. Los tesalonicenses se preocupan por el destino que correrán sus muertos cuando vuelva el Señor. Temen que salgan perjudicados frente a los que vivan todavía cuando el Señor vuelva. San Pablo contesta atendiendo esa preocupación (la primera *Epístola a los Tesalonicenses* es del año 52). “Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que se durmieron, pues el mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; después nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes, al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras. Cuando al tiempo y a las circunstancias no hay, hermanos, por qué escribir.” Sabéis bien que el día del Señor llegará como el ladrón en la noche. Cuando se dicen: “Paz y seguridad, entonces, de improviso, les so-

brevendrá la ruina, como los dolores del parto a la preñada, y no escaparán. Cuanto a vosotros, hermanos, no viváis en tinieblas, para que ese día no os sorprenda como ladrón; porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no lo sois de la noche ni de las tinieblas. Por consiguiente, no os durmáis como los otros, antes bien, velad y vivid sobriamente. Los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, hijos del día, seamos sobrios, revestidos de la coraza de la fe y de la caridad y del yelmo de la esperanza en la salvación. Que no nos destina Dios a la ira, sino a la salvación por Nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros para que en vida y en muerte vivamos unidos a El. Así, pues, consolaos mutuamente y edificaos unos a otros, como ya lo hacéis" (*I Thess.* 4, 15 a 5, 11).

Con estas palabras consuela San Pablo a los tesalonicenses. No tienen por qué preocuparse de la salvación de sus muertos. Quienes vivan cuando Cristo vuelva no tendrán preferencias sobre los ya muertos. Esta es la doctrina del Apóstol. Los tesalonicenses querían una explicación sobre las posibilidades de salvación de los muertos antes de la venida de Cristo. San Pablo la ha contestado ya. Sobre la proximidad o lejanía de la vuelta de Cristo no hay propiamente información, ya que sobre esa cuestión nada habían preguntado los de Tesalónica. No se puede negar que también en este texto resuena la esperanza de que también él verá el día del Señor. En todo caso, el Apóstol tiene por posible que viva todavía cuando el Señor vuelva. A favor de esa interpretación hablan las palabras "Nosotros..., los vivos, los que quedamos para la venida del Señor..." Pero sería demasiado interpretarlas en el sentido de que San Pablo enseña en ellas unívocamente la doctrina de que él y los tesalonicenses han de ver la vuelta del Señor, sin haber muerto antes, es decir, de que la vuelta de Cristo es inminente. El "nosotros" puede ser interpretado —como en el texto antes citado de la primera epístola a los Corintios— como una característica de su estilo. El texto significaría entonces: Los miembros de nuestra comunidad—cristianos, por tanto, que vivan todavía cuando Cristo vuelva, sea cuando sea, no tendrán ninguna preferencia sobre los que ya hayan muerto. La Comisión Bíblica declaró el 18 de junio de 1915 que los versículos 15-17 de la primera epístola a los Tesalonicenses no contienen ninguna doctrina segura sobre si la vuelta del Señor está inminente ni sobre si San Pablo se cuenta a sí mismo y a los Tesalonicenses entre los que verán la vuelta del Señor antes de morir. Sin embargo, es compatible con esa declaración suponer que San Pablo expresa en la

epístola la esperanza de que la venida de Cristo ocurrirá antes de morirse él.

Parece que la epístola fué mal interpretada en Tesalónica por una serie de lectores. Surgió la idea de que la parusía era inminente. No pocos creyentes abandonaron su oficio esperando la parusía y preparándose para ella. Cuando San Pablo se enteró del malentendido, expresó claramente su opinión sobre la fecha de la vuelta de Cristo en su segunda epístola a los Tesalonicenses, escrita después de la primera. "Hermanos míos, por lo que hace a la venida de Nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, os rogamos que no os turbéis de ligero, perdiendo el buen sentido, y no os alarméis ni por espíritu, ni por discurso, ni por epístola, como si fuera nuestra, que digan que el día del Señor es inminente. Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, que se opone y se alza contra todo lo que se dice Dios o es adorado, hasta sentarse en el templo de Dios y proclamarse dios a sí mismo" (*II Thess.* 2, 1-4). San Pablo rechaza con decisión las ideas que circulan por Tesalónica. Primero deben aparecer los signos del fin. No han empezado aún. San Pablo hace observar a los Tesalonicenses que con esa indicación nada nuevo les ha dicho. No tienen más que recordar su predicación. Y subraya que ya en la predicación oral les habló en el mismo sentido sobre la vuelta del Señor. No se habrían hecho esas falsas ideas de haberse atendido a su doctrina (ver. 5).

Mientras que el Apóstol enseña en la segunda epístola a los Tesalonicenses que la llegada de Cristo no debe esperarse todavía y que no ocurrirá antes de que aparezca el anticristo, pero no dice si tardará todavía o si ocurrirá inmediatamente después de la aparición del anticristo, según la epístola a los Romanos (de principios del año 58) debe preceder la conversión del pueblo judío. Tal conversión ocurrirá a su vez, cuando entren en la Iglesia todos los paganos. San Pablo sabe que él no verá todo ese proceso (*Rom.* 2, 13). Con esa doctrina la vuelta de Cristo es situada en un futuro lejano e indefinido. Tampoco la vuelta de Cristo ocurrirá inmediatamente después de la conversión del pueblo judío, ya que después de esa conversión tiene que aparecer el hombre de la perdición, que causará una gran apostasía. Sólo entonces llegará el fin (*Rom.* 9-11).

Más claramente dice su opinión en la primera epístola a los Corintios (que data del año 56). Enseña el gran valor de la vida virginal; lo funda en la libertad y disponibilidad para Dios, que

da la vida en virginidad y en la caducidad del mundo. Como el fin puede sobrevenir en cualquier momento y nadie sabe cuánto tiempo se le concede todavía, no vale la pena dar demasiada importancia a las cosas terrenas. Lo esencial para el cristiano es estar siempre preparado para la venida del Señor. Esa preparación le da una gran superioridad sobre las cosas de este mundo; en ella logra esa regia distancia frente a las cosas del mundo que da dignidad al hombre. Sólo el superficial puede creer que el mundo terreno tiene consistencia. Los que son sabios no se entregan a los hombres, ni al dolor, ni a la alegría ni a la conquista de las cosas de este mundo como hacen los demás hombres, que valoran excesiva y falsamente estas cosas. Gracias a su superioridad sobre el mundo no atentarán contra lo consistente como los fanáticos, ni romperán el orden de la vida ciudadana como los revolucionarios, pero saben el terrible misterio del tiempo, el misterio que caracteriza a todo tiempo desde la Muerte y Resurrección de Cristo: todo el mundo en su forma y figura actual está destinado a la destrucción. Por eso dice San Pablo a los Corintios que no deben tomar demasiado en serio las formas y órdenes de este mundo (*I Cor. 7, 25-35*). San Pablo no dice nada sobre el ritmo o velocidad de la caducidad. Su llamamiento va más lejos y dice que no deben entregarse a una falsa preocupación por las cosas terrenas, porque no tienen importancia absoluta y se debe estar preparados en todo momento para la venida del Señor.

En el capítulo XV de la primera epístola a los Corintios parece que San Pablo expresa la esperanza concreta y determinada de vivir la vuelta del Señor. El Apóstol rechaza la idea de que la vida del resucitado sea una reanudación o continuación de la forma terrena de vivir. Entre la vida terrena y la vida de resurrección hay un gran contraste, a pesar de la continuidad. Entre ambas vidas hay una profunda transformación; sin transformarse no se puede entrar en la vida celestial. "Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta—pues tocará la trompeta—los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos inmutados" (*I Cor. 15, 51-52*). Textualmente el pasaje de San Pablo parece decir, que, cuando vuelva Cristo, no todos los cristianos "dormirán". Mientras que los ya muertos primero serán resucitados y después transfigurados, los no "dormidos" todavía serán transfigurados inmediatamente. En el "nosotros" con que se implica entre los lectores, San Pablo parece contarse a sí mismo y a los co-

rintios entre los que vivirán la vuelta de Cristo sin haber muerto. Sin embargo, surge la cuestión de si la palabra "nosotros" justifica esa interpretación. Había que decir que San Pablo hace posible aunque no fuerza la interpretación dicha. La palabra conserva su sentido, aunque se interprete en el sentido de que San Pablo habla de la comunidad de cristianos en general. El texto diría entonces: Nosotros, cristianos, resucitaremos sin corrompernos, cuando venga el Señor. Los miembros de esta comunidad que vivan todavía cuando el Señor vuelva serán transfigurados sin tener que pasar por la muerte.

Tampoco este texto puede ser citado como testimonio de que San Pablo tenía la certeza o defendía la doctrina que él y sus contemporáneos de Corinto verían antes de morir la vuelta de Cristo. Del texto puede deducirse a lo sumo una esperanza inconcreta e imprecisa.

El pensamiento del Apóstol está sometido a cambios, se presiente y ve en la segunda *Epístola a los Corintios*: "Pues sabemos que si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace, tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por manos de hombres, eterna en los cielos. Gemimos en esta nuestra tienda, anhelando sobrevestirnos de aquella nuestra habitación celestial, supuesto que seamos hallados vestidos, no desnudos. Pues realmente, mientras moramos en esta tienda gemimos oprimidos, por cuanto no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida. Y es Dios quien así nos ha hecho, dándonos las arras de su Espíritu. Así estamos siempre confiados, persuadidos de que mientras moramos en este cuerpo estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión, pero confiamos y quisiéramos más partir del cuerpo y estar presentes al Señor. Por esto, presentes o ausentes, nos esforzamos por serle gratos, puesto que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que reciba cada uno según lo que hubiera hecho por el cuerpo, bueno o malo" (*II Cor.* 5, 1-10; esta epístola fué escrita hacia el año 57).

Se puede parafrasear este texto de la manera siguiente: Según San Pablo, el hombre tiene un anhelo indestructible de vida impercedera. No puede ser acallado dentro de la vida terrena. Pero Dios, que lo puso en su corazón, ha prometido y posibilitado su satisfacción. Para llegar a ello, el hombre tiene que sufrir una profunda transformación. Ocurre en la muerte. San Pablo parece contar con que tiene que sufrir la muerte antes de que Cristo vuelva. Esta idea le llena de desasosiego. Sin embargo, se consuela con la

esperanza de que Dios le dará una casa eterna, una vestidura celestial. Para que pueda participar de estos divinos regalos tiene que ocurrir la transformación, sin la que no puede ni tener la casa ni “ponerse la vestidura”, sin la que se encontraría desnudo (“desnudo” no significa desnudez real, sino un estado no adaptado a la vida celestial, del que se tendría que avergonzar ante Dios). Mientras el hombre no haya sufrido esta transformación, está lejos del Señor. Mientras se cobije en el cuerpo terreno no está en su verdadera patria. Estará en ella cuando contemple al Señor. Para la recta interpretación y valoración de la doctrina paulista es importante observar que el Apóstol no habla en conceptos fijos, sino en comparaciones e imágenes cambiantes.

La *Epístola a los Filipenses* nos ofrece un grado más.

La esperanza de que el Señor se manifieste en su gloria antes de que el Apóstol muera se debilita al pasar los años y al ir sintiendo la cercanía de la muerte. En la *Epístola a los Filipenses* (del año 63, aproximadamente) tiene por probable que él por sí solo vaya al Señor, antes de que el Señor se manifieste en su gloria (*Phil.* 1, 20-23). Espera que la muerte le conceda la inmediata unión con Cristo. Con estas palabras expresa San Pablo por primera vez la fe en que probablemente no verá el día del Señor antes de morir. Pero eso no significa ningún cambio fundamental en sus ideas escatológicas, pues también en la epístola a los Filipenses habla del día de la parusía, en que Cristo se revelará como salvador y configurará nuestro cuerpo de miseria conforme al cuerpo de su gloria (*Phil.* 3, 20).

En la epístola a los Filipenses encontramos, pues, formulaciones parecidas a las de las demás epístolas. Lo que varía respecto a las otras anteriores, y, sobre todo, respecto a las epístolas a los Tesalonicenses, es la intensidad de la esperanza en la vuelta de Cristo antes de la muerte de su autor. En la epístola a los Filipenses (y lo mismo en la segunda a los Corintios) el Apóstol cuenta ya débilmente con esa posibilidad. Lo mismo ocurre en la primera epístola a Timoteo (*I Tim.* 6, 13-15) y en la epístola a Tito (*Tit.* 2, 15), es decir, en las epístolas últimas escritas hacia el principio del año 60. Lo que queda y se repite en todas ellas es, sin embargo, la convicción de que sólo la segunda venida de Cristo nos traerá la salvación plena y perfecta. Del hecho de que San Pablo predique con igual fuerza la segunda venida de Cristo como hora de la plenitud, incluso donde expresa unívocamente la idea de que morirá antes de la vuelta de Cristo, se deduce que la idea de que había de morir antes de la vuelta de Cristo no le era ajena ni en las primeras

epístolas, cuando subrayaba su esperanza de vivir para verla y vivirla. Esas dos ideas no se excluyen, sino que se completan; por tanto, las epístolas de San Pablo no se contradicen entre sí, aunque acentúen distintamente la esperanza de la parusía. En las primeras la esperanza en la parusía pasa a primer plano, sin que quede excluída la posibilidad de tener que morir antes que ocurra. En las más tardías está en primer plano el conocimiento de tener que morir antes de la vuelta de Cristo, sin que por eso se pierda la certeza de que sólo la vuelta de Cristo nos traerá la plenitud última, la salvación en el cuerpo.

#### APARTADO 6.º

### C R I T I C A

Los defensores del escatologismo consecuente se encuentran, por tanto, en un error capital al atribuir a San Pablo la doctrina de que la vuelta de Cristo era inminente y al suponer que la abandonó al darse cuenta de su engaño. Tampoco los defensores del método histórico-religioso hacen justicia a las ideas de San Pablo al suponer que en las primeras epístolas mantuvo una escatología completamente judía, en la que lo esencial era la continuación de la vida corporal transformada, y que después renunció a ella por otra escatología helenística y perespiritualizada en la que sólo habla de la pervivencia del espíritu liberado del cuerpo.

O. Kuss da el siguiente resumen de la doctrina del Apóstol (*Die Briefe an die Römer, Korinther und Galater* (Regensburg, 1940), 214-16: "El Apóstol vive orientado hacia la plenitud.

Está penetrado—de ello dan testimonio sus cartas en cada línea—de una esperanza ardiente en la plenitud eterna, y su vida terrena recibe todo su impulso y toda su fuerza únicamente de la certeza de que le espera una recompensa inimaginable. En algunos textos ha hablado más extensamente de sus esperanzas finales; en relación con la interpretación de *II Cor.* 5, 1-10 hay que exponer aquí brevemente la unidad interna de *I Thes.* 4, 13-18; *I Cor.* 15, 51, 52; *Phil.* 1, 23; *II Cor.* 5, 1-10; y *Rom.* 8, 18-20. La mirada de las más antiguas epístolas de San Pablo está dirigida a la parusía. En *I Thes.* 4, 13-18 trata el Apóstol de tranquilizar y consolar a los cristianos que esperaban con toda seguridad vivir la parusía y se preocupaban del destino de los dormidos (es decir, de los muertos) al llegar la parusía. San Pablo resuelve la dificultad con la explicación autoritaria (v. 15) de que cuando llegue la parusía habrá todavía vivos, entre los que se cuenta a sí mismo posiblemente (al menos dice formalmente: "nosotros", v. 15, 17) y

que no tendrán ninguna prerrogativa sobre los muertos, sino que primero resucitarán en Cristo los muertos (v. 16); este resucitar significa la plenitud definitiva en la gloria. Cosa semejante vale de *I Cor.* 15, 51-52. También aquí se cuenta el Apóstol, según parece, entre los que verán la parusía. "No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados. En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de trompeta—pues tocará la trompeta—los muertos resucitarán incorruptos y nosotros seremos inmutados." Para los muertos la resurrección, para los que viven todavía la inmutación; ambas cosas conducen al mismo resultado: hacia la plena revelación definitiva y eterna de la perfección. Los textos—*I Thes.* 4, 13-18 y *I Cor.* 15, 51-52—ni excluyen otras afirmaciones sobre la situación de los dormidos después de su muerte y antes de la parusía (Cfr. también *I Thes.* 5, 10), ni obligan a suponer que San Pablo jamás contara con su muerte antes de la parusía; en vista de su continuada inminencia más bien parecía ser natural que contara con ella. Mientras que la interpretación del texto *II Cor.* 1-10 es discutida respecto al punto aquí en cuestión, nadie duda de que San Pablo en la *Epístola a los Filipenses* expresó claramente su segura esperanza de que la muerte le uniría inmediatamente con Jesucristo. Tiene la muerte por ganancia (1, 21), desea morir para estar con Cristo, que es mucho mejor (1, 23). No se puede negar que San Pablo formula con ello un conocimiento que antes—al menos antes de *II Cor.*—no nos había dejado escrito en las epístolas conocidas. Correspondía a las categorías conceptuales de una ciencia histórico-religiosamente orientada el suponer que aquí había enfrentadas dos esperanzas en el futuro: una de raíz judía y escatológica y otra de raíz helenística y pneumática. Prescindiendo de que tal hipótesis se basa en último término en opiniones preconcebidas, no se puede atribuir sin más al Apóstol una concepción tan inorgánica sobre cuestiones teológicas de primer rango que pondrían seriamente en cuestión su unidad espiritual mientras se encuentre un camino viable que conduzca a una solución unitaria. Si San Pablo en la misma *Epístola a los Filipenses*, en la que expresa la esperanza (1, 23) de que se unirá pronto con Cristo después de morir, menciona a la vez la transformación definitiva del día de la parusía en el que Jesucristo aparecerá como salvador, que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas (3, 21), es difícil negar la unidad de la esperanza escatológica del Apóstol, so pena de atribuirle más inconsecuencia de la que es posible. Según la explicación dada arriba a la base de *II Cor.* 5, 1-10 está la misma idea que a la base de *Phil.* 1, 23. Cuando ciertos intérpretes parten del supuesto de que ambas ideas, tal como aparecen indiscutiblemente en *I Thes.* 4, 13-18; *I Cor.* 15, 51-52, y por otra parte en *Phil.* 1, 23, son incompatibles, suponen que el Apóstol habla también en *II Cor.* 5, 1-10 s. sólo de la parusía, porque en *Rom.* 8, 18-30 sólo se habla a su vez de la parusía y no se puede suponer correctamente un cambio de sus ideas frente a *II Cor.*, anterior cronológicamente a *Rom.* Pero estas ideas no se contradicen en forma alguna y podemos unir las en una imagen de conjunto sin grandes apuros. En *II Cor.* 5, 1-10 San Pablo habla del anhelo de plenitud y del miedo a morir, sentimientos que están en el ser de toda criatura (sobre eso también *Rom.* 8, 18-30). Espera que después de su muerte sufrirá la inmutación, sin la que se encontraría desnudo, que le será regalada inicialmente como prenda inmediatamente después de la muerte, y plenamente el día de la parusía. El ser-con-Cristo

(*Phil.* 1, 23) no es imaginable sin una decisiva inmutación del hombre que sólo el día del juicio afectará también al cuerpo y lo plenificará. Si San Pablo habla de nuevo en *Rom.* 8, 18-30 (lo mismo que en *I Thes.* y *I Cor.*) de que sólo el día de la parusía ocurrirá la plenitud que Dios nos ha prometido y que hará realidad la salvación de nuestro cuerpo, no ha abandonado en modo alguno la idea defendida en *II Cor.*, sino que dentro del sentido de su demostración que habla del destino total de la creación (para deducir una prueba de la seguridad de nuestra esperanza), su mirada se dirige de nuevo a la parusía, mientras que en *II Cor.*, 5, 1-10 y *Phil.* 1, 23 habla del destino del individuo (aunque en el marco de la totalidad). También encontramos aquí, por tanto, el rasgo fundamental de la teología paulina con que tropezamos por todas partes. El cristiano es realmente poseedor y a la vez espera realmente; inicialmente y a modo de prenda se encuentra en posesión de los salvadores, pero sólo el día de la parusía le traerá la revelación plena de la gloria. Sólo el día de la parusía ocurrirá ante sus ojos en su esplendor último la maravillosa inmutación que es la meta de todos los anhelos cristianos; el hombre poseerá un cuerpo espiritual en incorruptibilidad, gloria y fuerza y estará para siempre con el Señor. Es difícil decidir la cuestión de si se puede comprobar una evolución en las ideas escatológicas del Apóstol aquí tratadas. Pero parece que al principio contó de hecho mucho más con la posibilidad de vivir la parusía y que la cuestión de los muertos se dirigía, al principio, exclusivamente a su destino el día de la parusía. Debido a los crecientes y múltiples sufrimientos y experiencias de su actividad misionera fué empujado cada vez con más fuerza a plantear la cuestión del destino individual inmediatamente después de su muerte (pero esto no debió ser en modo alguno antes de la época que transcurre entre *I Cor.* y *II Cor.*); llegó al resultado del *II Cor.* 5, 1-10 y de *Phil.* 1, 21-23 y así completa sin contradecirse en lo más mínimo sus doctrinas de *I Thes.* 4, 13-18 y *I Cor.* 15, 51-52."

Los demás apóstoles están concordes con las ideas y espíritu de San Pablo. Como antes vimos, el tiempo inaugurado por Cristo es llamado por ellos último tiempo (*I Pet.* 4, 7; 1, 20; *II Pet.* 3, 20; *Jud.* 18). San Juan habla incluso de la última hora que se acerca (*I Io.* 2, 18). Santiago aconseja a sus lectores tener paciencia porque la vuelta del Señor está cerca (*Sant.* 5, 7). San Pedro exige oración y sobriedad diciendo que está próximo el fin de todas las cosas (*I Pet.* 4, 7). Tales expresiones aluden a que con Cristo ha irrumpido la última época, la época de la salvación y de la gracia. Nada se sabe sobre cuánto va a durar. San Pedro ofrece incluso un punto de apoyo para la interpretación de esas expresiones al decir que no podemos olvidar que para Dios mil años son como un día. Los que se burlan de que las esperanzas en una pronta vuelta de Cristo siguen sin ser cumplidas olvidan la medida con que Dios mide el tiempo; pecan de un grave desconocimiento de la Teología. Quieren hacer valer las medidas humanas y caen en un error funesto.

El *Apocalipsis de San Juan* explica clara y precisamente cómo

deben interpretarse las afirmaciones de que llegan los últimos tiempos, de que pronto volverá Cristo, de que la vuelta de Cristo está próxima y otras parecidas. Para quien acepta la Escritura como una totalidad se trata de una interpretación auténtica, como la dada en la primera epístola de San Pedro; está dispuesto a creer a los autores de la Sagrada Escritura, cuando indican cómo deben ser entendidas sus propias palabras. En el *Apocalipsis de San Juan* se habla varias veces de que el tiempo está cerca y de que el Señor vendrá pronto (*Apoc.* 1, 1. 3; 22, 7. 10. 12. 20). Estas palabras deben ser entendidas en sentido profético. Como hemos visto, la visión profética acerca lo lejano. Tales expresiones no pretenden, por tanto, informar sobre la fecha de la parusía, sino llamar a la continua vigilancia y a la conservación de la libertad interior e independencia frente a las cosas de esta tierra. Por tanto, cuando se dice que Cristo volverá pronto se alude a que Cristo siempre está cerca. La multitud de sucesos vistos y profetizados en el Apocalipsis hace ya suponer que no pueden desarrollarse en el espacio de la vida de un hombre. El desarrollo del poder de la bestia dura tres años y medio, es decir, un tiempo de desgracia sólo de Dios conocido; ocho reyes llegarán al trono y sólo uno dominará poco tiempo. Evidentemente se trata de un largo período. A eso se añade que Satanás estará atado durante mil años. También éste es un tiempo de duración indefinida, de perfección relativamente grande. Sólo después de eso sobrevendrá el juicio final y la transformación del cielo y de la tierra. Pero por lejos que estén el juicio final y la venida de Cristo, el Señor está siempre cerca, pues Cristo “llama a la puerta del cristiano y entrará y cenará con él” (3, 20). Congrega en Sión un ejército de 144.000 guerreros que le siguen adonde les lleva. En el punto culminante de la lucha viene El, jinete en caballo blanco, y aniquila a la bestia y a sus muchos secuaces.

La “pronta” venida de Cristo no es, pues, siempre la parusía del último día. San Juan habla también repetidamente de quienes mueren antes del fin del mundo y hasta les celebra como dichosos si murieron en el Señor. Ve también las almas de los mártires en posesión de la felicidad antes del juicio final (6, 11 y 20, 4). Viceversa: también muchos malos mueren a consecuencia de las plagas y castigos. Sólo el día del juicio final los devuelve el averno para que sean juzgados según sus obras. San Juan no cuenta, pues, con ver la parusía, pero como San Pablo (cfr. *I Thess.* 4, 15-18) hace saber que “la muerte antes del fin no altera el destino de los hombres; el día de su muerte es para ellos el día de la parusía; el tiempo que

*MICHAEL SCHMAUS*

transcurre entre ambas no tiene significación decisiva para la pervivencia eterna. Como la muerte de cada uno significa para él la venida salvadora o condenadora de Cristo, este día está siempre cercano, pero su fecha es incierta" (J. Sickenberg, *Erklärung der Johannesapokalypse*, 1940, 27-28).